

## EPÍLOGO

Él subió, remontando las estrellas,  
á las esplendorosas latitudes  
donde Ella estaba, coronada de ellas.

Ella, la que alegró sus juventudes.

Quedó, en las manos de la tierra — manos,  
como son de la tierra, hechas de lodo —,  
el Libro de los gritos sobrehumanos :

«¡Termine todo así, termine todo!»

Resplandeció sobre la letra, un día,  
desplegando las alas, el sentido  
que en ellas, como un águila, dormía :

y tú, Italia, por él, por él has sido.

— Pero nieve de siglos, en copioso  
vellón, cae impalpable sobre el nido,  
y Vendimión sonríe desdeñoso...

— La letra abulta; enfríase el sentido...

## VENDIMIÓN COMBATIDO

TERCERA PARTE: RECONCILIACIÓN SUPREMA

Largo es el trecho andado;  
tan largo, Musa, que abrevié el dictado

y veo, cuando atrás vuelvo los ojos,  
sembrado el vasto campo de despojos.

De la ambición que me cegó, al moverme  
desatentado, inerme,

á este mar de mi canto embravecido,  
guardo el recuerdo; pero no el sentido.

Altivo comencé, dulce termino;  
¡bendiga Dios la gracia del camino!

Dios bendiga estas flores,  
que he sacado á la luz de mis dolores.

Dios bendiga esta brasa,  
que alcé de entre las grietas de mi casa.

Dios bendiga el sosiego,  
que pedí al hierro y que me ha dado el fuego.

Dios bendiga la ley y la doctrina  
que en la cumbre encontré de la colina.

Ardua, empeñada, encarnizadamente,  
dejé las aguas y busqué la fuente.

Todo mi canto ha sido  
un sendero entre rocas, retorcido,

por donde avancé, osado,  
con un fondo de abismo á cada lado,

dejando en sus abrojos  
piel de mi piel y llanto de mis ojos.

¡Oh, vosotros, felices,  
que veis la flor y nunca las raíces!

Los que gozáis del concordado canto,  
cuando á la luz levanto,

para que os bañe, al resonar, mi lira  
en amor, en dolor, en goce, en ira,

¡oh, no sabéis, dichosos,  
de estos sordos abismos espantosos,

qué gritos se levantan  
agrios de horror, mientras mis labios cantan!

¡Oh!, ¿no sabéis que en una  
rima, que apunta al florecer la luna,

hay toda la virtud y la energía  
de la sangre de un día?

¡Oh!, ¿no sabéis que el verso  
trivial, en la amplitud del universo,

es jirón de neblina  
sobre una torre en ruina;

blanca enseña de paz que vibra y late  
sobre el horror de un campo de combate?

En este pobre nido  
de las torpes estancias que he tejido,

recibid, gentes de la patria mía,  
la ofrenda temblorosa de mi cría.

En los mimbres doblados  
con lazos de mis rimas enlazados,

recibid, héroes, grandes y doctores,  
el rústico atadizo de mis flores.

En esta humilde lámpara votiva,  
que el óleo de mis cánticos aviva,

recibe, legión santa  
que á triunfo y novedad mueves tu planta,

¡oh, juventud que te me vas del lado!  
toda mi juventud que ha terminado.

Rendido llego al fin de mi camino :  
tomad aquí mi harina, aquí mi vino,

aquí mi agua y mis flores,  
aquí mi sangre, aquí mis resplandores;

ni mejor cosa encierra,  
ni á más pude llegar sobre la tierra.

Y el orgulloso empeño,  
el alarde imperial, el áureo sueño

con que salí á la plaza  
armado en el fulgor de mi coraza;

aquella santa llama en que me ardía  
todo el mundo, aquel día,

cuando aspiraba, enhiesto,  
á soberana plenitud mi gesto;

aquel cetro tendido,  
marcando un rumbo á lo desconocido;

la aguda lanza aquella  
que quise ver colgando de una estrella;

la espada mía que, en la empuñadura,  
tenía el germen de la ley futura;

todo, pues no he podido  
sacarlo á más verdad ni á más sentido,

quede, por esas sendas y quebradas,  
envolviendo en cenizas mis pisadas;

quede, baldío, y en su polvo tengan  
tierra donde hacer siembra los que vengan.

Y mis deseos como claridades,  
y mis tormentos como tempestades

y mi ambición y mi ansia en el desierto,  
truéquense en limo de un futuro huerto;

que este anhelo en que todo me he perdido  
y este sueño fatal que me ha movido,

ya sólo es tierra en la que os dé la suerte  
á vosotros mi vida, á mí mi muerte.

## II

Vendimión, esta es hora  
de una suprema luz reveladora.

Largo tiempo he vivido  
contigo al lado, en tu inquietud herido;

ni sueño ni sosiego  
me has dejado, en las ansias de tu fuego;

tú has partido mi lecho,  
tú me has puesto tu pecho sobre el pecho.

Vendimión, hemos dado,  
yo fuera de mí mismo, tú encerrado,

como en prisión, en una negra ira,  
entre las siete cuerdas de mi lira,

la vuelta al universo  
sobre áureo carro que arrastraba el verso.

Vamos á separarnos;  
despidámonos antes de dejarnos.

De tanto que te he odiado y que te he herido,  
sangre tuya en mis venas has metido;

de tanto que te he herido y que te he odiado,  
carne mía en tu carne me he dejado.

Vendimión enemigo,  
de mis esfuerzos único testigo;

Titán, hecho del tiempo y de la muerte,  
en el dolor y en la materia fuerte;

Vendimión, soplo frío  
que hiela en su raíz el albedrío;

Vendimión, elemento  
final, quietud, abismo, acabamiento...

Vendimión, vasto espacio sin camino  
y vendimia sin vino :

salí á moverte guerra,  
luché con tus escuadras en la tierra,

en el aire, en los astros,  
en mi alma, en mi nación... Dejamos rastros,

tú de tu noche, yo de mis fulgores,  
en todo el bien y en todos los horrores...

En mi auxilio han venido  
cuantos, antes que yo, te han combatido;

y ahora que, resignado,  
tuerzo la rienda á mi corcel cansado,

y contemplo el final de mi esperanza  
en las astillas rotas de mi lanza,

tú quedas en la arena  
libre otra vez, en tu furor de hiena;

las pupilas ardientes,  
la espuma de tu rabia entre tus dientes,

en tus zarpas aviesas  
dispuesto á devorar todas las presas;

la ancha boca encendida  
pronta á morder los frutos de la vida...

Vendimión, fueron nada  
los golpes de mi espada;

una intensa ironía  
para mí has puesto en tu mirada fría;

mi canto ha sido á tus audacias bravas  
como brisa de abril sobre las lavas...

Hay una formidable  
majestad en tu furia inexorable;

Vendimión, torna á mí; los dos hablemos  
cara á cara y en paz nos contemplemos.

Alzaré mi visera :  
¡fiera, mírate ahora, en mi alma fiera!

Este gran mar que te hizo dar un grito,  
monstruo, es el infinito;

pero es mi alma también : contra esta roca  
no pueden las quijadas de tu boca.

En la ara de esta peña,  
monstruo, reclina tu cabeza y sueña;

vuelve á los claros astros relucientes  
el marfil, hecho luna, de tus dientes;

rinde sobre mi espíritu, en despojos,  
todo el botín de tus furores rojos.

Bestia de Apocalipsis, sierpe y hiena,  
entra en la paz serena

de mi espíritu-dios, y él hará luego  
flor de tus llamas, lumbre de tu fuego.

No te pongo á tortura;  
no esgrimo espada contra tu armadura;

te doy toda mi carne... — Pero quiero  
pactar contigo.

Y de este pacto fiero

testigos son la Noche y las estrellas;  
tú jurarás por ella, yo por ellas.

## III

Vendimión, desde ahora  
yo besaré en tu boca que devora;

yo pondré levadura  
de pan de harina en tu saliva impura;

polvo de mis semillas  
esparciré en tus hieles amarillas;

el rayo de los míos  
encenderá tus dos ojos sombríos;

fecundaré tu zarpa envilecida  
poniendo en ella sangre de mi vida;

daré el fulgor de un claro vaticinio  
á la inflexible ley de tu exterminio;

ya no podrás moverte,  
sin dar la vida mía con tu muerte.

Yo colgaré en tus flancos,  
abismo negro, flor de lirios blancos;

noche de destrucción, te he de dar una  
suave piedad de sábanas de cuna;

hachas del tiempo, suspenderos quiero  
una guirnalda mía en vuestro acero;

devorador torrente del destino,  
¡muerte mi freno y sigue mi camino!

¡Humanidad, ayúdame!... Es la hora  
de fecundar la boca que devora.

¡Humanidad, ayúdame!... Es el día  
de darle fin á toda tiranía.

Ya no codicias, fuerte,  
los trágicos servicios de la muerte;

ya puedes, en tu ciencia,  
hacer el bien del mal, sin violencia;

Humanidad, los tiempos en que vivo  
me redimen de esclavo y de cautivo;

la vida llega á la más alta cima,  
la santa ley moral todo lo anima;

todo derecho se alza esclarecido,  
sólo en sí mismo armado y defendido;

todo hombre lleva, en la desnuda mano,  
un cetro soberano;

toda ley sigue el dejo y el sentido  
del suelo en que ha nacido

para llegar á plenitud suprema;  
el sol es una vasta diadema

pronta á ceñir la santidad humana.  
¡Humanidad!..., tu frente soberana,

limpia de sangre, eleva á las estrellas,  
y ya no el oro, ¡te coronen ellas!

... Y en este, de la eterna pesadumbre,  
devorador de toda podredumbre,

Vendimión inmortal, sombra de muerte,  
¡ven á injertarte, Vida, y á embebertel

Que, cuando su quijada aborrecida  
quiera dejar la muerte en una herida,

á su pesar, le influya  
siembra de eternidad por gracia tuya.

No derribes, levanta... En la tremenda  
soledad del sepulcro y la leyenda,

afianza segura,  
Humanidad, la nueva arquitectura.

No des forma carnal á cosa alguna;  
lo que nazca en tu cuna

que tenga aliento largo y no termine,  
y que le toque el sol cuando culmine.

La eternidad, no el tiempo, es tu cuadrante;  
ya no á la muerte, á Dios tienes delante;

por estos mausoleos ateridos,  
las sepulturas viejas hoy son nidos.

Las obras que hoy hacemos,  
ya á los futuros tiempos las movemos;

la iglesia que fundamos,  
á un Dios que no ha nacido destinamos.

Así ponemos en la muerte fiera  
á logro y plenitud nuestra quimera;

y, si en ella morimos,  
en la obra interminable persistimos.

— Vendimión, da con prisa las postreras  
dentelladas en estas calaveras;

ahora empieza la tierna  
de juventud perenne, la obra eterna,

¡la Perfección, la Perfección divina,  
última flor de la última colina!

Y ésta será la flor de los amores,  
y ésta será la flor que no devores.

\*  
\* \*

— Con un temor sagrado,  
Vendimión, me separo de tu lado;

á nuevas sendas nuevo,  
limpia mi sangre del hervor mancebo;

y mi lira ha sentido,  
poniendo fin al canto embravecido,

que, en el umbral ignoto  
del futuro dictado,  
aun tensa y viva en el fervor pasado,  
cuerda sutil, mi juventud se ha roto.

Cadaqués, 1907 y 1908.

## ERRATAS

QUE HAN PASADO INADVERTIDAS

PÁGINA	LÍNEA	DONDE DICE	LEA USTED
100	2. <sup>a</sup>	que tú aires	que tú te aires
118	3. <sup>a</sup>	yo te escogiera	yo no te escogiera
268	1. <sup>a</sup>	CARISTIS	OARISTIS